

bre el tablado, y dió él mismo la señal. Cayó su cabeza, y el verdugo la enseñó al pueblo esclamando: «Salve Dios al rey!» Resonaron violentas aclamaciones; se esparcieron muchos grupos por la ciudad, celebrando á gritos su victoria; mas otros se retiraron en silencio, dudosos é inquietos acerca de la justicia del deseo que se les acababa de cumplir.

Turbada de tal impresion, hizo mil esfuerzos la cámara baja para comprimirla, porque nada irrita tanto á un vencedor como ver que todavía es peligroso un enemigo muerto. Como hubiese dicho M. Tailor en una conversacion particular que se acababa de cometer un asesinato con la espada de la justicia, fue enviado á la torre, escluido de la cámara, y declarado incapaz de volver á su seno. Lord Digby habia publicado su discurso contra el bill fatal á Strafford; al instante la cámara prohibió su circulacion, y lo hizo quemar por mano del verdugo (15 julio 1644). Jamás se habia presentado su fuerza tan colosal; consintiendo el rey en la muerte del conde, habia tambien, casi sin saberlo, adoptado el bill que le prohibia disolver por sí mismo el parlamento. Sin embargo, les faltaba seguridad á los representantes del pueblo, de manera que cuanto mayor era su poder, mas se iban inclinando á la tirania. Al entregarles á Strafford, se habia desacreditado para ellos el rey sin hacer su situacion mas segura, y era que la enemistad se habia hecho mas profunda, y la desconfianza se habia aumentado. Empezaba á formarse en la córte otro partido realista. Pym, Hampden y Hollis, se veian diariamente precisados á unirse mas á los sectarios, alianza que no era muy á gusto de los entusiastas por la libertad: ¿A qué viene, decian, embarazar con cosas dudosas la marcha de la reforma política? En materia de culto y de disciplina están divididos los espíritus, mas contra el absolutismo está unánime la Inglaterra: este es el único enemigo que es preciso perseguir sin descanso.»

Alguna vez dominaba este dictámen, y volviendo á las pretensiones políticas, de nuevo reinaba en el parlamento la mayor unanimidad. La abolicion de la cámara Estrellada, del tribunal del Norte, del de alta comision y del de todas las jurisdicciones arbitrarias, fue definitivamente adoptada, y el rey consintió al cabo de dos dias de dudas. Parecia consumada ya la reforma política, tal á lo menos cual se habia deseado al principio: pero, ¿de qué servia haberla consagrado en Estatutos si su ejecucion estaba confiada á sus enemigos? Las dudas del rey, los rumores de maquinaciones, las defecciones que se empezaban á columbrar en el ejército y en el parlamento, eran motivo de nuevas alarmas; si perdía el

poder la cámara baja consideraba como inevitable su ruina y la de su causa; era forzoso afianzarse en el apoyo del pueblo, y este, adicto á los presbiterianos, reclamaba tambien una parte de triunfo. Oíanse nuevas mociones contra la iglesia: aun los mismos escoceses empezaban á pedir abiertamente la uniformidad de culto entre ambas naciones. Estas tentativas hallaban resistencia todavía; pero su ningun éxito y el embarazo en que ponian á la cámara tantas pasiones y desiguales deseos daban á sus actos una apariencia de incertidumbre y de cansancio de que muchos se prometían el reposo. No obstante, la lucha religiosa se empeñaba cada dia mas, los sectarios se presentaban mas osados, y la iglesia se iba desmoronando. Hasta en la cámara alta, que era su mas firme sosten, todo patentizaba su decadencia: los lores espirituales ya no eran como en otro tiempo inscritos separadamente al frente de los bills; al leerlos afectaba el clero de la cámara volver la espalda á los obispos; en las ceremonias públicas, los lores temporales tomaban en todo la preferencia. Sabrado traslucía estos síntomas el partido presbiteriano, y renovaba sin cesar sus ataques, dominando á los reformistas políticos, á quienes mantenía en posesion del poder, y adelantándose en sus pretensiones, á pesar de los aparentes reveses.

El rey se decidió de pronto á pasar á Escocia, donde decia que reclamaba su presencia la ejecucion del tratado de paz, próxima á concluirse. Se supo al mismo tiempo que la reina se disponía á partir para el continente, alegando por pretesto su salud. Aquel iba á encontrarse con el ejército descontento, y las relaciones de esta con el continente se habian hecho sospechosas: asi fue que este doble viaje, repentino y simultáneo, dió á la desconfianza el pábulo que se deseaba. Esta desconfianza era muy legitima. Carlos desacreditado en Lóndres y rodeado de consejeros inútiles ó aterrados, habia dirigido sus miradas al reino de sus padres y á los monarcas absolutos de Europa. En Escocia, ora se tratase de la iglesia ó de la corona, se proponia ceder, ganando asi el favor del pueblo y colmando de mercedes á los magnates. Su tránsito por el ejército y sus alocuciones no dejarían de aumentar el número de sus partidarios. En lo relativo al continente, sus intenciones eran menos terminantes, á pesar de eso sin prever la guerra, puede decirse que andaba ya en busca de socorros y de aliados.

Los diputados de la cámara baja no manifestaron sus sospechas, pero pidieron que la reina no saliese de Lóndres, y que el rey se dignase retardar su partida. Carlos dejó entrever su mal humor, afectando mi-

rar este deseo como un capricho. Para dar á entender que no juzgaba de importancia su respuesta, se remitió á la reina misma y á los comisionados escoceses, que le instaban, dijo, á apresurar su viaje. Estos se avinieron á una dilacion, y aquella prometió que no se alejaria. Asegurados momentáneamente, instaron á los representantes del pueblo por la disolucion del ejército, hasta entonces aplazada con intencion. Varias cartas de la cámara prometian á las tropas que pronto se les satisfarian los sueldos. Para cumplirlo, algunos celosos ciudadanos entregaron para fundir todas sus vajillas; se ordenaron nuevos empréstitos, y se establecieron otros tributos. Sin embargo, por falta de dinero, como tambien por la mala fé de muchos de sus oficiales, se iba retardando el licenciamiento total del ejército. Alegrábase de ello el rey, y la cámara volvía á sus recelos. Al fin espiró el plazo convenido, la cámara pidió otro, pero en vano, porque el rey anunció que iba á partir. Se solicitó por algunos el nombramiento de un gobernador del reino, á fin de que no se suspendiesen los negocios, mas esta idea fue desechada. Contentóse el rey con nombrar al conde de Essex capitán general de toda la comarca al Sur del Trenta, y partió el 10 de agosto, lleno de esperanzas que se traslucian en su lenguaje, pero sin conocidos motivos que lo justificasen.

Poco tardó la cámara en ver que en su ausencia perdía el tiempo, vacilante y ociosa. Le convenia mas atisbar de cerca á sus contrarios, y enardecer en las provincias el ardor de sus partidarios. Despues de quince dias de sesiones insignificantes, resolvió prorogarse. Muchos miembros deseaban dedicarse á sus negocios con algun sosiego; no asi los jefes de la reforma. Se envió á Escocia una junta dirigida por Hampden para permanecer junto al rey y vigilar por los intereses del parlamento. Otra junta numerosa y revestida de amplios poderes permaneció en Westminster bajo la presidencia de Pym, durante el intervalo de las dos legislaturas. La cámara alta adoptó tambien las mismas medidas. Esparciéronse por los condados una multitud de miembros, ansiosos de propagar sus sentimientos y sus temores. Ambos partidos, bajo aparente tregua, buscaban en el porvenir nuevas fuerzas y se aprestaban á nuevos combates.

Atravesando el ejército ingles que se iba licenciando, y el escocés que se volvía á su país, Carlos no osó detenerse mucho. Sin embargo, sus tentativas entre las tropas, sobre todo entre los oficiales, fueron bastante públicas para que lord Holland se lo escribiese con inquietud al conde de Essex, añadiendo que á su vuelta á Lóndres le daría mas

pormenores. Al llegar á Edimburgo hizo Carlos al parlamento y á la iglesia de Escocia cuantas concesiones se pidieron: parlamentos triennales, abrogacion de las antiguas prerogativas de la corona, persecuciones contra los principales enemigos del pacto, intervencion del parlamento en los nombramientos del consejo privado, nada se negó. Prestábase el rey con una gravedad que no procedía ciertamente de complacencia al culto de los presbiterianos, atendiendo á sus oraciones y largos sermones: legos ó eclesiásticos, nobles ó ciudadanos, los jefes del pacto eran doquier favorecidos, prodigándoles títulos, promesas, pensiones y empleos.

De repente se propagó por la ciudad el rumor de que los dos magnates mas acreditados del parlamento, Hamilton y Argile, se habian retirado al castillo de Kinneil, residencia del conde de Lanerk, hermano del primero, para sustraerse á una detencion, y tal vez á un asesinato. Fue suma la sorpresa, y todos se preguntaban admirados que fundamento tenian los temores de los fugitivos, ó que causa el rey para tales deseos. Divulgáronse estrañas conjeturas, de las que se quejó con orgullo Carlos como de un ultraje, y reclamó del parlamento la esclusion de Hamilton hasta tanto que estuviere vengado su honor. Firme y circunspecto el parlamento, se negó á toda decision violenta, y decretó una informacion. Oidos que fueron numerosos testigos, dió la comision su dictámen, y se declaró que no habia lugar á reparacion para el rey, ni á temor para los fugitivos. Volvieron estos al parlamento, guardaron silencio, como Carlos, sobre lo pasado, y no se habló mas del particular.

Ni uno ni otro partido queria patentizar sus miras. Al tiempo en que el rey se decidía á tantas concesiones para ganar el ánimo de los escoceses, meditaba tambien en ambos reinos la ruina de sus enemigos. Persuadido de que los jueces deberian condenar como traicion las relaciones de los descontentos ingleses con los sublevados de Escocia en la última invasion, pasaba él mismo en busca de pruebas, juzgando que á su vuelta podría intentar contra los jefes de la cámara baja la acusacion que no habia podido anunciar Strafford. El conde de Montrose, osado jóven, anteriormente adicto al pacto pero despues partidario del rey, se habia obligado á procurarle estos documentos tan deseados. Sobre su palabra habia partido Carlos; pero antes de su llegada habia escitado las sospechas de los escoceses una carta anónima interceptada por Argile, y el monarca al llegar á Escocia encontró á Montrose encarcelado. Enardecido este con el riesgo y anhelando vengarse le participó que si podía verle le haría conocer á sus verdaderos enemigos y sus pasadas conspiraciones.

Por medio de algunos sirvientes se logró que saliese secretamente de la cárcel y que pasase de noche al cuarto del rey, donde le espuso cuanto sabía, acusó á Hamilton y á Argile de haber tenido relaciones con los descontentos, aseguró al rey que sus papeles le darian de ello pruebas, y le empeñó por fin á que cuanto antes adoptara cualquiera medida para librarse de aquellos. Dispuesto Carlos á dar cabida á las resoluciones mas temerarias y sin pensar en el efecto que un acto tan violento debía necesariamente producir entre el pueblo cuyo favor queria grangearse, consintió en ello; á la sombra de las concesiones se urdia la trama, y todo estaba ya pronto para la ejecucion, cuando los dos lores, avisados á tiempo, desbarataron todos los planes con su fuga.

Sábiamente aconsejado el parlamento escocés echó un velo sobre el asunto; ya no temia ningun riesgo, y por consiguiente no queria comprometer con demasías la posesion de los bienes que acababa de adquirir. El mismo rey para ocultar sus maquinaciones nombró á Hamilton duque, á Argile marques, y á Lesley conde de Leven; pero Hampden y la junta inglesa, bien instruidos de todo, se apresuraron á llamar á Lóndres el conocimiento del asunto, puesto que estaba próxima á espirar la prorgacion de las cámaras. El terror fue grande: á pesar de sus desconfianzas, no habian previsto tales riesgos los reformadores, pues se creia que sus antiguas relaciones con los rebeldes de Escocia estaban indultadas como la misma rebelion por medio de un tratado de paz. A estos sintomas de la mala voluntad del rey se creyeron comprometidos los hombres mas moderados. Hyde al encontrar á Essex y Holland que tristemente hablaban de la noticia, se burló de sus temores, recordándoles lo que un año atrás pensaban de Hamilton y Argile: «Todo á cambiado mucho de entonces acá, le respondieron, la córte y el país.» El dia de su reunion pidió la cámara baja al conde de Essex una guardia, indispensable según ellos decian para la seguridad del parlamento. Obtúvola sin dilacion. En las conferencias tenidas en casa lord Holland en Kenosigton se comunicaban las notabilidades de ambas cámaras sus indagaciones y sus sospechas, y meditaban juntos lo que debian practicar, inquietos y osados á un mismo tiempo: «Si el rey, dijo lord Newport, urde alguna trama contra nosotros, aquí tenemos á mano á su mujer y sus hijos;» y eran tanto mas vivas sus alarmas, cuanto no osaban con ellas amotinar al pueblo, puesto que manteniéndose tranquilos en Escocia, no habia motivos de terror en Lóndres.

En medio de esta sorda agitacion llegó de improviso en 1.º noviem-

bre 1644 la noticia de que una insurreccion tan general como violenta habia estallado en Irlanda, amenazando con inminente riesgo la religion protestante y el parlamento. Los católicos irlandeses se habian sublevado unánimemente reclamando la libertad de su culto y de su patria, invocando el nombre de la reina y del mismo rey, patentizando una comision que decian haber recibido de él, y anunciando el proyecto de salvar de los puritanos ingleses, sus comunes opresores, al trono y á los pueblos. La conspiracion desde mucho tiempo tramada en todo el reino, no habia sido descubierta sino casualmente en Dublin la víspera del dia en que debia estallar, por manera que apenas se tuvo tiempo de preservar de ella la capital. Por lo demás en ningun otro punto habia encontrado obstáculo su esplosion; los protestantes de Irlanda atacados de improviso por todas partes, eran despojados de su bienes, perseguidos, asesinados y entregados á todos los suplicios que la saña religiosa y patriótica puede inventar contra los herejes, los extranjeros y los tiranos. Se hacian horrosas descripciones de su situacion; se hablaba de innumerables asesinatos y de martirios inauditos; y tal era en efecto la triste realidad que podia exagerarse sin caer en lo inverosímil (1). Un pueblo casi salvaje y entusiasta de su barbarie, la que siempre le echaban en cara sus opresores sin facilitarle medios para librarse de ella habia aprovechado con exaltacion un asomo de esperanza que le ofrecian las disensiones de la Gran Bretaña. Queriendo vengar en un dia siglos enteros de ultrajes y desgracias, se entregaba con alegría y con orgullo á escesos tales que llenaban de horror y de espanto á sus antiguos dueños. No tenian las autoridades inglesas ningun medio de resistencia, porque embetido el parlamento en su odio á Strafford y á la corona y pensando solo en afianzar la libertad en Inglaterra, habia olvidado que queria mantener en Irlanda la tiranía; así es que el tesoro estaba exhausto, la ley marcial abolida; el ejército reducido á un débil cuerpo, y el poder real inerme. Todavía mas: contra la voluntad del rey se habia prohibido á los irlandeses licenciados que pasasen al servicio extranjero, y resultó que se esparcieron por el país y dieron mas vigor á la insurreccion. En fin, aunque el conde de Leicester hubiese sido nombrado sucesor de Strafford, toda-

(1) May hace subir á 200,000 los protestantes asesinados en Irlanda; Clarendon reduce este número á 40 ó 50,000: aun este número es exagerado si atendemos á la correspondencia de los jueces mismos que administraban entonces el reino.

via no residia ningun virey en Irlanda, y los negocios estaban confiados á dos jueces sin capacidad, sin crédito, y que solo debian su difícil empleo á su celo presbiteriano.

Elevóse en Inglaterra un grito de espanto y de furor: todos los protestantes se creyeron en peligro. El rey, que habia recibido en Escocia las mismas noticias, se apresuró á participarlo á las cámaras, anunciando algunas medidas que habia tomado con ayuda de los escoceses para reprimir la rebelion, y poniéndolo todo en manos del parlamento. Carlos por nada entraba en la insurreccion, y era solo una impostura la pretendida comision que produjo sir Phelim O'neil; pero su odio á los puritanos, la confianza conque parecia mirar á los católicos, las intrigas que desde tres meses urdía en Irlanda para procurarse en caso de necesidad plazas fuertes y soldados, y por último las promesas de la reina habian persuadido á los irlandeses que podian servirse de su nombre sin temer una desaprobacion formal. Sublevado aquel país, juzgó Carlos que tamaño peligro haria mas tratable al parlamento; y sin sostener á los rebeldes, sin meditar una alianza con ellos, no por esto le arrebató la cólera y el espanto como á su pueblo, no se apresuró á esterminarlos, antes por el contrario dejó á las cámaras obrar como quisieran en el negocio para hacerlas responsables en su caso, para alejar toda sospecha de complicidad, y tal vez para que no le echasen en cara los católicos los rigores de que iban á ser víctimas.

Pero toda astucia es inútil para oponerse á las pasiones de un pueblo; de manera que quien no quiere servir las, tampoco es dueño de engañarlas. En mejor posicion y mas hábiles los jefes de la cámara baja, no cuidaron mas que de explotarlas á su provecho. Sus inquietudes se desvanecieron en razon de que el pueblo inglés comprendió la comunidad del peligro. Apoderáronse con toda diligencia de las facultades que les concedia el rey, y á pesar de sus arrogantes declaraciones y de sus amenazas, se ocuparon muy poco de dominar la sublevacion; los socorros de tropas y dinero enviados á Irlanda fueron escasos, lentos y mal combinados: solo á la Inglaterra se dirigian sus discursos, todos sus actos, y por medio de un golpe tan decisivo como inesperado resolvieron empeñarla en la reforma de un modo sólido.

Poco despues de la apertura del parlamento, se habia encargado á una comision el cuidado de preparar un manifiesto general, en que se espusieran todas las injusticias y los medios de repararlas. Pero habia sido tan rápida la reforma, que no se juzgaba ya oportuno dar tanta so-

lemnidad á la queja; la mayor parte de los abusos políticos habia desaparecido; la comision no se ocupaba ya de su cometido, y nadie pensaba en ello.

De repente, á principios de noviembre, se le dió orden de activar sus trabajos: al cabo de pocos dias los presentó á la cámara. Ya no era segun su primer plan una esposicion de los abusos actuales y de los votos unánimes del país, y sí una sombría pintura de los males pasados, de los abusos antiguos, de las tiranías del monarca, de los méritos del parlamento, de los obstáculos que habia superado, de los peligros que habia corrido, y sobre todo de los que le amenazaban todavía y pedian el último esfuerzo: era en una palabra una especie de llamamiento al pueblo, y con especialidad á los presbiterianos fanáticos, un pábulo á las pasiones que habia reanimado la sublevacion de Irlanda, y un grito de reunion á los representantes del pueblo, que aun podian librarlos del papismo, de los obispos y del rey.

Eleváronse muchos murmullos á la primera lectura del proyecto; un acto tan hostil, sin motivo aparente, sin objeto directo ni ostensible, excitó la sorpresa y la sospecha en muchos miembros hasta entonces poco amigos de la corte, y estos se quejaron altamente del lenguaje fuerte, de ese inútil encono contra abusos ya reformados, del poco respeto á la majestad, y de las esperanzas que se daban á los sectarios: ¿qué planes ocultos, qué peligros desconocidos exigian tan violentos medios? Si el proyecto se dirigia solo al rey, ¿qué ventajas podian esperarse? si al pueblo ¿por qué se apelaba de esta suerte á otro poder? Poco contestaron los reformadores, porque no podian revelar sus planes; pero en las conversaciones procuraban ganarse sufragios, protestando que solo querian intimidar la corte, patentizar sus intrigas, afirmando que aunque el proyecto se adoptara, no por esto se publicaria. Este lenguaje no era infructuoso, porque la desconfianza era tan profunda, que hallaba cabida hasta en los hombres mas moderados en cuanto se les espresaba con prudencia y dulzura. Al cabo de algunos dias, cuando la cámara despues de una larga sesion iba ya á separarse, se pidió que el proyecto fuese puesto á votacion; creian ya los reformadores seguro el triunfo; pero lord Falkland, Hyde, Colepepper y Palmer se opusieron, insistiendo vivamente para que se dejase para el dia siguiente, en lo que consintió la cámara. «¿Por qué anhelaís este retardo? preguntó Cromwell.—Porque es demasiado tarde, y habrá debate.—Muy corto, repuso Cromwell, con una confianza real ó afectada.

Abrióse al día siguiente la discusión á las tres de la tarde, y al cerrar la noche parecía que empezaba todavía. Ya no era la pugna de la corte con el país; por la primera vez se encontraban de frente dos partidos, sino nacionales ambos, engendrados á lo menos en el seno del pueblo, uno y otro apoyados en intereses y sentimientos públicos, y en el voto de ciudadanos independientes. Los habían unido esperanzas comunes, y los dividían temores opuestos; cada uno preveía discretamente el porvenir reservado al triunfo de sus contrarios, y desconocía el que le reservaba su propia victoria. Combatiéronse con un encarnizamiento hasta entonces sin ejemplo, y tanto más obstinado, cuanto no osaban todavía declararse mutuamente sus sospechas. Trascurrían las horas; el cansancio, la indiferencia y la edad, alejaron á algunos miembros; hasta un ministro, el secretario de Estado Nicolás, se salió de la cámara antes de concluirse el debate. «Esto, dijo Benjamin Rudyard, será la decisión de un jurado famélico.» A media noche se decidió la votación: por ciento cincuenta y nueve votos fue adoptado el proyecto, contra ciento cuarenta y ocho que lo desecharon. Acto continuo se levantó Hampden y pidió su impresión: «Sobrado lo temíamos, esclama una voz; quereis sublevar al pueblo y emanciparos de los lores.»—La cámara, dijo Hyde, no está en uso de publicar así sus actos; esta resolución, ilegal á mi parecer, será funesta: si se adopta, séame lícito al menos protestar.—Protesto, esclama Palmer.—Protesto, protesto, repitieron sus amigos.»

Otros diputados se admiran é irritan; este proceder, usado entre los lores, era desconocido de los comunes; Pym toma la palabra para demostrar lo ilegal y peligroso de tal medida, pero le interrumpen con invectivas; insiste, y le responden con amenazas. Todos los miembros están de pié, y poniendo mano á sus espadas parecían querer empezar la guerra civil en el seno del parlamento. Pasan dos horas, y crece el tumulto á cada tentativa que se pone en juego para hacer adoptar una resolución. Hampden por último, lamentando cuerda y gravemente tan degradante desorden, propone que se levante la sesión, y se deje la decisión para el día siguiente. Se resuelve así: «Y bien, dijo lord Falkland á Cromwell, ¿ha habido debate?—Otra vez os creeré, le respondió Cromwell; y le añadió al oído: Si hubiese sido desechado el proyecto, mañana vendía yo cuanto poseo, y dejaba para siempre la Inglaterra: á muchos conozco que hubieran hecho otro tanto.»

La sesión siguiente fue poco agitada; los realistas desesperaban de la victoria, y sus contrarios se habían visto tan á punto de perderla, que

se les daba muy poco de entrar en un nuevo combate. Habíanse anunciado persecuciones contra los autores de la protesta, pero Hyde tenía entre ellos amigos que rehusaron dañarle en nada. Palmer fue enviado á la torre, pero fue de allí á poco puesto en libertad, y después de algunas esplicaciones no se habló más del asunto. Por una mayoría de veinte y tres votos se resolvió la impresión del proyecto. Se retardó sin embargo la ejecución, porque antes era preciso presentarlo al rey, que se esperaba de un día á otro.

Llegó confiado y arrogante en 25 noviembre 1641, á pesar de haberse desbaratado sus planes de Escocia, y de cuanto sabía acerca de las disposiciones hostiles del parlamento. En su tránsito, por York sobre todo, había sido recibido con brillantes testimonios de júbilo y aprecio: en distintos puntos habían encantado al pueblo sus concesiones á los escoceses, ignorándose sus ocultas maquinaciones. Por otra parte, en la nación lo mismo que en las cámaras, se organizaba y empezaba á manifestar sus sentimientos el partido realista. Aun en Londres se notaban ya estos síntomas. Los amigos del rey habían triunfado en las elecciones del lord corregidor, nombrando á Ricardo Gourney, hombre activo, osado y muy adicto, que preparaba al monarca un brillante recibimiento. Muchos ciudadanos armados á caballo salieron á su encuentro, llevando desplegadas las banderas de las corporaciones, y le acompañaron con aclamaciones hasta el palacio de Whitehall. El rey á su vez les dió un magnífico banquete, honró al lord y á otros con el título de caballeros; y desde el día siguiente de su llegada, ansioso por anunciar á la cámara que se creía fuerte, les retiró la guardia que en su ausencia les había concedido el conde de Essex para su seguridad.

Los negocios mudaban de aspecto: al unánime clamor del reino se había seguido la lucha de los partidos, y á la reforma la revolución. Conociéronlo los jefes de esta, y pronto tomó un nuevo carácter su conducta. El proyecto fue presentado al rey, quien escuchó en silencio su lectura, y dirigiéndose en seguida á la comisión, dijo: «Desea la cámara publicar esta declaración?—No estamos autorizados para responder á las preguntas de V. M.—Supongo que no esperais instantáneamente mi respuesta, os la enviaré así que la gravedad del asunto me lo permita.»

Poco les importaba esto á los agitadores de la cámara; de improviso habían ya desarrollado proyectos que el mismo manifiesto no dejaba entrever. Hasta entonces se habían empeñado contra los abusos, invocando